

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

EDIMBURGO.

Cuando uno se ha cansado del tumulto de Londres, cansancio de que el extranjero se resiente al cabo de algunos días; cuando despues de haber visitado con impaciente ardor las principales curiosidades de tan inmensa ciudad, la multitud de cuadros, el ruido, la agitacion, el movimiento y aquella oleada de hombres, caballos y carruajes le marean y cree sucumbir á la opresion de todos sus sentidos, lo mejor que puede hacer es, emplear el resto de sus fuerzas en dirigirse al embarcadero del ferrocarril del Norte, y allí si está bien inspirado, meterse en el convoy que le conduce de la capital de Inglaterra á la de Escocia; de Londres á Edimburgo.

Separa á ambas capitales la distancia de doscientas leguas que se salva en diez y siete horas. Esto es lo que se gana con la fuerza locomotriz de los caminos de hierro, y lo que se pierde es el placer del viaje, el aspecto del pais que pasa tan rápido cual el vuelo del azorado murciélago, que atravesando como una saeta presenta en aquel instante una vision á la ofuscada vista.

Edimburgo es tenida con razon por la ciudad mas curiosa de Europa. Ha conservado sus antiguos monumentos y barrios célebres en crónicas muy interesantes, y se ha unido además á otra moderna, espléndida y elegante; pero no forman mas que una sola ciudad, aunque difieren entre sí, tanto como la edad media de nuestra época. En las dos estremidades de la antigua, están, en una parte la ciudadela, colocada sobre rocas escarpadas, y en la otra

el castillo de Holyrood, en la llanura. Llegando á Edimburgo por el Sur, es decir, por el camino de Inglaterra, se pasa por debajo de la ciudadela pintoresca y de tremendo aspecto, entrando despues en un magnífico panorama que se estiende ante la vista sorprendida y deslumbrada. *Prince Street* (calle de los Príncipes) situada entre las dos ciudades, atraviesa toda la longitud de la primitiva: á un lado se ven hermosas casas, y al otro el antiguo y profundo foso transformado en preciosos jardines, enmedio de los cuales hay un camino de hierro y su embarcadero. Puentes colosales unen los dos barrios, pasando por los jardines, por el camino y por los embarcaderos, salvando el espacio con la estension de sus arcos colosales.

Dicha calle de los Príncipes tendrá una legua de largo y es un paseo de cuatro á cinco leguas, cuando se le recorre por la primera vez deteniéndose á cada paso á contemplar la magnificencia del cuadro que presenta: aquí la primitiva ciudad que baja de la fortaleza á Holyrood, con sus antiguos edificios, sus multi-formes campanarios y sus casas de diez á doce pisos, que llegan desde el cielo al fondo del abismo: allá casas nuevas y bonitas, y anchas calles de la ciudad moderna adornadas con columnas monumentales que sostienen estatuas de reyes y grandes hombres, como Jorge IV, Pitt y lord Melville; al borde del ancho foso, entre las dos ciudades, otros monumentos modernos, un templo griego que es el museo, y mas allá un grandísimo monumento de forma gótica, cobijando sus ricas esculturas la estatua de Walter Scott.

Al término de *Princes-Street* y al extremo opuesto de la fortaleza se eleva una colina llamada *Calton-Hill*, cubierta tambien de monumentos, porque Edimburgo es la ciudad mo-

umental por excelencia. Allí, en un pequeño trecho, se hallan reunidos el viejo y el nuevo Observatorio; dos enormes tumbas erigidas en honor de dos distinguidos profesores; el monumento de Nelson que es una torre de altura prodigiosa, y el de Waterloo comenzado treinta años hace, que ha quedado sin concluir. Doce columnas colocadas de frente y unidas por medio de una cornisa presentan una ruina griega ó romana del efecto mas pintoresco. En la parte inferior de Calton-Hill, dos cárceles recién construidas al estilo de los castillos de la edad media, reciben, una á los hombres y otra á las mujeres, y bajando de allí se llega por estrechas callejuelas al palacio de Holyrood.

Seria necesario trazar entera la historia de Escocia para decir todo lo que recuerdan y refieren las antiguas paredes del palacio, cuya construcción pertenece á varias épocas. En la parte menos antigua están los aposentos que Carlos X habitó dos veces, príncipe emigrado en la primera revolución: rey destronado después de la de julio. Aquel lugar solitario y retirado se prestaba maravillosamente á las meditaciones del destierro. El ruido de la ciudad se detiene en las puertas de Holyrood, detrás del cual hay un gran parque y á cuyo lado se levanta majestuosamente la montaña que llaman el *Sitio de Arturo*. El cuarto de Carlos X es el que habitan los reyes de Inglaterra cuando van á visitar la capital de Escocia. En la otra parte del palacio, que es la mas antigua y curiosa, se vé: en el primer piso, una galería en que están colocados los retratos de todos los reyes de Escocia, desde Fergus hasta Jacobo VI, y en el segundo los aposentos de María Estuardo.

Allí es donde fué á establecerse, cuando viuda del rey de Francia, tuvo que dejar su país predilecto para volver, muy á pesar suyo, á su olvidada patria, al frío reino de Escocia, donde un rigoroso deber y una inflexible fatalidad la llamaban. La habitación de la reina ha quedado tal como estaba cuando la dejó. En aquel tiempo no brillaba la corte de Escocia ni en riqueza ni en lujo; el país era pobre y no podía dar á la corona medios de ostentar un magestuoso esplendor. Cuando la joven reina pasó del *Lonore* á Holyrood debió hacer tristes comparaciones y parecerla muy estrechas aquellas piezas irregulares y sombrías,

El visitador mas indiferente no puede menos de experimentar cierta emoción cuando entra en aquel aposento y toca con la vista y con la mano los muebles que el conserje le afirma que pertenecieron á María Estuardo. Hé allí su lecho, ancho y bajo, de baldaquino sostenido por cuatro columnas delgadas de madera oscura de filetes amarillos, con tapices y cobertor de tela de seda encarnada guarnecida de franjas y guarniciones negras; á cuyo pié y sobre un velador que servía de reclinatorio, ante el cual se arrodillara, hay un canastillo de plata filigranada en que se ponían los vestidos de noche de la reina. Silla, sillón, y almohadones de tapices, todo lo bordó su primorosa mano, como también el pupitre en que escribía. Aquel espejo de Venecia, el primero que se llevó á Escocia, dibujó sus encantadoras facciones.

Las paredes están cubiertas de retratos al óleo, en lienzo ó en madera, y en el alfeizar de cada ventana se vé una multitud de grabados que María Estuardo llevó de Francia. En Inglaterra y en Escocia hay muchos retratos de ella, pero desgraciadamente la mayor parte de ellos apenas tienen semejanza; no mas con un poco de cuidado é inteligencia es fácil conocer la verdad en medio de aquellas diversas imágenes, escogiendo las que se distinguen por su mérito artístico. Estos bastan para representar tal como era á María Estuardo: rostro ovalado, nariz recta y prolongada, pero de una forma y delicadeza esquisitas: ojos sin ser grandes ni pequeños, encantadores y de seductora expresión; boca pequeña y graciosa: cabellos castaños y abundantes; tez de deslumbrante blancura; talle elegante; y pié bonito y mano perfecta. Agréguese á estas ventajas el alma mas angelical, el talento mas singular, el corazón mas tierno y se tendrá á María Estuardo, viuda y reina á los 18 años. De cuántos adoradores no debía verse rodeada! pero también de cuántos lazos ocultos tendidos bajo sus pasos y de cuántos enemigos emboscados en la oscuridad, espionando sus faltas y sus debilidades! Necesitaba un punto de apoyo que le sostuviese en aquel plano inclinado y la ayudase á sostener el grave peso de la corona; pero la prudencia debía guiarla en su elección, y la pasión fué la que la decidió cuando tomó por esposo á lord Enrique Darnley, su primo, joven príncipe de ingenio limitado, sin carác-

ter, lleno de vicios, pero de figura arrogante á juzgar por su armadura, su jubon de búfalo, sus guantes y sus botas que aun se conservan en el oratorio del aposento de María Estuardo, en Holyrood.

En una noche fria y lluviosa del mes de marzo de 1566, estaba la reina en su oratorio, á la derecha de la chimenea, enfrente de la puerta y volviendo la espalda á la ventana. A corta distancia, en un sillón de alto respaldo, medio sentado y medio arrodillado sobre el almohadon en que ella ponía los pies, estaba el músico David Rizzio, su secretario de órdenes y acompañante de romanzas. Separada de su esposo, privada de cortesanos y condenada á la soledad, así pasaba la reina casi todas las noches en compañía de su favorito servidor, cuyo géniu y talento apreciaba mucho. Ella cantaba, él tocaba el laud, y de cuando en cuando venia á interrumpir la música una conversacion en que ambos cambiaban palabras vivas y picantes. Durante estas sesiones, la entrada al oratorio quedaba enteramente libre, y las damas dedicadas al particular servicio de la reina podian entrar, salir, oír la música y tomar parte en la conversacion.

Si aquella noche se hubiera acercado la reina á la única ventana de su oratorio que caía sobre la Canonjate (puerta de Canonigo), habria podido distinguir en la oscuridad, á través de los vidrios mojados por la lluvia, la negra sombra de una casa en la que se tramaba contra ella y contra su músico un abominable complot.

Dicha casa, situada á pocos pasos del palacio de Holyrood, pertenecia al conde Jacobo de Murray, hijo ilegítimo del rey Jacobo V, y hermano natural de María Estuardo, de la que, devorado de ambicion, se habia hecho acérrimo enemigo, proponiéndose perderla á todo trance, á fin de apoderarse del trono. Para llevar á cabo sus fines no economizaba ocultas tramas ni tenebrosas calumnias, en virtud de las cuales el partido protestante que dominaba en Escocia se habia declarado abiertamente contra la reina, que profesaba la religion católica; pero aun no le parecia bastante, y para arruinarla completamente en odiosos rumores propagados con arte, la representaban hollando la santidad del lazo conyugal; rumores que llegando á oídos de Darnley en medio de sus excesos, despertaron los celos en su corazon.

Aquella noche, pues, mientras que la reina estaba en su oratorio con Rizzio, sesenta caballeros protestantes, adictos á Murray, estaban reunidos en su casa alrededor de una mesa en que copiosas libaciones habian acalorado los ánimos, en medio de los cuales con la pluma en la gorra y la espada en la cintura se hallaba un sacerdote de mirada falsa y rostro repugnante. Era este Juan Knox, promotor de la reforma religiosa en Escocia, aliado de Murray, enemigo declarado del catolicismo y por consiguiente de María Estuardo. Despues de algunas palabras enérgicas pronunciadas por el conde, taciturnos y amenazantes todos los convidados se levantaron, terminando Murray su discurso con estas palabras:

—¡Ya es tiempo de que cese el escándalo, y que Darnley sea vengado!

—Sí! esclamaron todos.

—Id, pues, y haced justicia, replicó el conde.

—Y que la bendicion del cielo sea con vosotros! dijo Knox.

—Pronto me vereis, señores: suerte; favorecélos, añadió Darnley.

Bendecidos por el sacerdote y con la vènia del príncipe, salieron los convidados y quedaron solos en la sala tres personajes, á saber: Murray, Knox y Darnley, quienes llenando sus copas hasta el borde, brindaron por el buen éxito de la empresa.

A la cabeza de los conjurados iba Ruthven, el alma condenada de Murray. Se dirigió á Holyrood, no entraron con él mas que dos, colocándose los demas delante de cada puerta y enfrente de cada ventana. Seguido de sus dos cómplices, se introdujo aquel en la capilla, pasó por una escalerita que tenia comunicacion con los aposentos, y el triunvirato llegó sin dificultad alguna al último tramo de la escalera donde se abria una puerta en la cámara de la reina entre el lecho y el oratorio. El marido de la reina les habia dado las llaves, y en el momento en que avanzaban á paso de lobo y espada en mano, revisando los rincones de la pieza vacia iluminada por la opaca luz de una lámpara; una estrepitosa carcajada que retumbó en las paredes del oratorio, les indicó el lugar de la escena.

—Allí es! dijo Ruthven.

Y empujando bruscamente la puerta, los

tres caballeros se presentaron.

A su vista, la reina se levantó espantada; pero fuerte aun y sostenida tanto por la energía de su carácter como por el orgullo de su rango. Rizzio quiso imitarla: pero volvió á caer temblando sobre su silla, y el laud se le escapó de sus manos.

—¿Qué se os ofrece, caballeros? dijo la reina con voz conmovida pero imponente. ¿Cómo osais presentaros á mí con el sombrero puesto y la espada desenvainada?

—Consolaos, señora, respondió Ruthven, porque no es á V. M. á quien buscamos.

—¿A quién, pues? preguntó con voz mas débil.

—A este hombre, contestó aquel dirigiendo la pua de su acero á Rizzio, que cayó exánime en su silla.

—¿Un homicidio! ¡asesinos! exclamó la reina echándose entre la espada y el músico.

—Señora, vuestros gritos y vuestra defensa son inútiles, replicó el mismo; ese hombre está condenado á muerte y tiene que sufrirla.

—Antes me la dareis á mí que acercaros á él.

—Señores, dijo el jefe de los homicidas, llevaos á esta muger, que yo solo basto para la ejecucion.

—¡Miserables! ¿tendreis la audacia de poner la mano á vuestra soberana?

—Bien! replicó Ruthven, no tocaremos á la reina; solo nos atreveremos á llevarnos á ese hombre.

Y mas veloz que el relámpago tiró la silla, y cogiendo á Rizzio por una pierna, le tiró como hubiera hecho con una piedra, fuera del oratorio, cuya puerta cerró.

A los gritos desgarradores de la reina respondió uno de Rizzio, herido del primer golpe, pues Ruthven signió arrastrándole por la cámara y sacudiéndole repetidas veces. La reina enmedio de su sobresalto y loca de dolor, quiso lanzarse á evitar la muerte de su favorito; pero cayó desmayada: los dos cómplices consumaron su horrible atentado, y Ruthven, abriendo la ventana, gritó á los que estaban de vigilancia:

—Ya está!

Hecha esta exclamacion subió Darnley, y entrando en el oratorio, ébrio, con la sonrisa en los labios y el paso incierto, se echó sobre el sillón que dejara la reina, y cuando és-

ta volvió en sí, se encontró frente á frente con aquel rostro desencajado y aquellos labios de feroz sonrisa, que con turbado y ronco acento soltaron estas brutales palabras:

—Ah! ah! parece que en mi ausencia han venido mis amigos á poner orden aqui.

Triste y doloroso es el recuerdo de esta escena cuando se la traza en el mismo sitio en que tuvo lugar. Todo está allí: el traje de Darnley, el sillón de la reina, la silla de Rizzio, la escalera que pisaron los asesinos, la puerta chica al lado del lecho y el parage en que la sangre de la victima, saliendo de todas las heridas como el agua del surtidor, dejó una huella que aun se vé, porque María Estuardo no quiso que se borrara, y Rizzio fué sepultado al pié de la escalerita, á la puerta de la capilla, de suerte que siempre que asistia al oficio divino pisaba la huesa en que reposaba su querido músico.

Dicha capilla de Holyrood, llena de tumbas, que en otro tiempo era un magnífico monumento, es hoy una ruina admirable.

UNA ANÉCDOTA ANTIGUA.

Era por el año de 1768, famosa época á fé mia, que todos hubiéramos deseado haber visto, si no nos ocurriese naturalmente, que á haber tenido ese honor, habríamos muerto, mientras que hoy vamos tirando mejor ó peor.

Hacia un calor espantoso en el mes de julio del citado año. Los teatros no obtenian entonces licencia para cerrarse por la mayor ó menor elevacion de la temperatura, y tampoco se habia pensado en traducir esta palabra por la de *obras ó reparaciones*, que á decir verdad, no son enteramente sinónimas. Preciso es confesar, sin embargo, que aquellos estaban muy concurridos; pero esta era la mejor estacion del año para que debutasen los actores noveles. Los mas conocidos ensayaban sus fuerzas en *papeles* difíciles, con los que se familiarizaban para desplegar mas tarde todas sus facultades; en una palabra, sa-

bíase sacar partido de los inconvenientes ajenos á la estacion, y se procuraba presentar una muestra de todos los placeres de París á los estrangeros que no podían visitar la capital en otras épocas. En el dia de que hablamos, hacia un calor mucho mas sofocante que de ordinario; los paseos, las fondas y tabernas de las afueras, les Porcherons, la Courtille (1) y el Puerto de los Ingleses reboaban de gente, al paso que la Opera, los teatros de la Comedia francesa y de la Comedia italiana, y los de la Terian ofrecian la imagen viva del desierto.

Eran las cuatro y media y daba principio el espectáculo en la Comedia italiana con yo no sé que bufonada, en la que Carlin hacia su entrada en escena con un monólogo, del que parte iba dirigido al público. Levantóse el telon, Carlin se adelantó, dirigió sus miradas á las plateas, viólas completamente vacias, y dirigiéndose al director de orquesta, dijo: «A decir verdad, querido amigo, no tengo los mayores deseos de representar para tí; en esta atencion he determinado marcharme, y te escito para que hagas lo mismo en compañía de tus subordinados.»

Disponíase el director de orquesta á seguir el consejo, cuando salió del patio una vocellita acre y chillona que dijo: «¡Eh! poco á poco, señores, que no es eso mi modo de pensar, yo he dado mis treinta sueldos por ver la comedia y estoy decidido á verla.»

Carlin se adelantó aun mas, y formando una pantalla con su mano trató de escudriñar las espesas sombras del patio, á pesar del vivo reflejo que despedia la lucerna. Entónces descubrió un ante de cuatro pios de alto esforzándose en trepar por encima de los bancos para acercarse al escenario.

—Apreciable caballero, le dijo Carlin con aquel tono de maligna ingenuidad que le proporcionó tantos triunfos; si usted tiene en tanto sus treinta sueldos, tanto mis compañeros formales como yo estamos dispuestos á reembolsárselos. Aun mas, yo me encargo de doblar la suma, con lo que iremos á beber

juntos, lo que me parece preferible á ejecutar ó ver la funcion, atendido el calor que hace.

—Caballero, replicó el interlocutor subiéndose en su asiento: la proposicion de usted no me agrada cosa mayor. Yo he pagado para ver la funcion y no otra cosa: en este concepto suplico á ustedes que tengan la bondad de empezar. Y al acabar estas palabras tomó una magestuosa actitud en que desplegaba todas las gracias de su reducida estatura y de su desmesurada joroba.

—Recomendable caballero, respondió Carlin remedándole, eso no puede ser.

—Y ¿tiene usted la bondad de decirme el porqué?

—Porque estoy obligado á dirigirme al público al dar principio á mi papel, pero como no existe ese público dificilmente puedo dirigirme á él.

—Y por quién me tomá usted, caballero?

—Os tomo por un jorobado y el público no puede serlo.

—Es usted un insolente!

Carlin que solo habia tratado de divertirse al principio, pero á quien empezaba á impacientar la obstinacion del jorobado, no pudo contenerse al oír este insulto, y arrancándose violentamente la careta dijo á su adversario:

—Usted no me conoce sin duda, caballero; sepa usted que me llamo Carlos Bertusazzi y que como oficial que he sido de S. M. el rey de Cerdeña antes de ser cómico, no sé dejar impuno un ultrago.

—Eso no es esacto, replicó el jorobado con la mayor frialdad, usted no es Carlos Bertusazzi, usted es un bufon á quien para ver y oír he pagado y no hago mas que usar de mi derecho.—Yo, señor, bufon me llamo José Dubronil, soy escribiente de un procurador y vivo en la calle de Saint-Honoré, enfrente de los Fuldenses. Mañana presentaré mi queja ante el teniente de policía, quien se encargará de hacer dormir á usted en el fuerte del Obispo si no cumplis inmediatamente con vuestra obligacion.

Dichas estas palabras se volvió á sentar tranquilamente.

Bien pronto conoció Carlin que no tenia razon. Púsose su careta y comenzó inmediatamente su monólogo salpicado de gestos y

(1) Así se llaman en París ciertos jardines situados estramuros donde el pueblo baila y se divierte.

alusiones improvisadas con sorprendente facilidad. También estaba hechizado el jiboso por lo que aplaudía con todas sus fuerzas. Pero los compañeros de Carlin encargados de contestarle y que habían sido testigos mudos de esta escena, careciendo del talento necesario para vengarse por medio de la gracia de la terquedad de su cómico espectador, ejecutaban sus papeles con la mayor indolencia sin curarse de las visibles señales de impaciencia del jorobado. Las cosas llegaron á un punto tal, que éste creyó propio de su deber y de su dignidad sacar de su bolsillo una enorme llave con la que empezó á dar silvidos baqueros. Al oír este ruido espantoso quedaron estupefactos los cómicos. «Vosotros lo haceis mal y yo silvo: nada mas justo:» dijo el jiboso.— Este caballero tiene razon, replicó Carlin, está en su derecho tanto respecto al público como en lo que hace relacion á nosotros. Los cómicos respetaron la opinion de su compañero y concluyó el acto de la manera mas satisfactoria. Iba á caer el telon, cuando dirigiéndose Carlin á su espectador: «Caballero, le dijo, si encuentra usted alguien al salir, tenga usted la bondad de decirle que no está descontento del todo; quizás esto le hará venir mañana porque no nos atrevemos á contar con el honor de vuestra presencia y no podriamos ejecutar mañana esta funcion si no tuviere la bondad de venir ese caballero.»

El jorobado dió su palabra de desempeñar su comision y salió efectivamente durante el entreacto. Amontonábanse algunas nubes durante el primer acto de la comedia, y aun no habia acabado el segundo cuando una tempestad desecha vino á descargar sobre Paris. Los paseantes perseguidos por una lluvia violenta huían por todas partes, y no habia entónces como hoy un café en cada esquina para servir de asilo en estos casos imprevistos. ¡Felices aquellos que pudieron encontrar un refugio en los teatros! Al de la Comedia italiana acudió tal golpe de gente, que hasta los sitios mas incómodos estaban atestados de espectadores. Uno de ellos llamaba mas particularmente la atencion por los jestos extravagantes que dirigia á los cómicos golpeándose el pecho para designarse, y mostrándoles la triple fila de espectadores de que se creia el conquistador. El resto del público no comprendia nada de esta pantomima; pero los signos de inteligen-

cia de los cómicos, y sobretodo de Carlin, probaban al jorobadillo que habia sido perfectamente comprendido.

Durante la funcion se disipó la tempestad completamente, y todo el mundo pudo retirarse á su casa tranquilo, felicitándose los espectadores por el asilo que les habia ofrecido el teatro, los cómicos por la gran entrada que habian tenido, y el jorobadillo por la alegre noche que habia pasado.

Disponíase á marchar á su estudio al dia siguiente, cuando un lacayo le entregó un pliego sellado.

Abrióle con presteza. La carta llevaba el timbre del teatro de la Comedia italiana, y estaba concebida en estos términos:

«Mr. Carlin y sus compañeros ruegan á Mr. Dubreuil que se digne concederles el honor de almorzar con ellos y de aceptar un asiento fijo en la Comedia italiana, como una señal de agradecimiento.»

El jorobadillo no pensó un solo instante en faltar al convite; el almuerzo fué encantador; bebieron los cómicos á la salud del jiboso, y éste á la de todo el mundo; no faltó una sola noche al teatro de la Comedia italiana, y llegó á ser el mejor amigo del bufon, á quien fuera del teatro consintió en llamar Mr. Carlin,

SOLEMNE BARBARIDAD.

Con igual epígrafe han publicado los periódicos de Madrid lo siguiente:

«El empresario del teatro del Génio, donde se representan los cuadros al natural por una compañía española, se ha acercado á nuestra redaccion para rogaros llamemos la atencion de la autoridad acerca de los desmanes que se cometieron la otra noche en el referido local.

«Segun nos ha dicho, algunos espectadores, que no pasarían de doce, tuvieron la bárbara complacencia de clavar en el cuerpo de los actores varias saetiles ó agujas disparadas

por medio de cervatanas.

«Semejante maldad, ejecutada á mansalva contra infelices mugeres y débiles criaturas, nos parece el colmo de la depravacion y la perversidad. La idea solo de que trabajan en un teatro subalterno y de que no tienen mas pretensiones que las de ganar un' pedazo de pan, debiera cuando menos disponer favorablemente el ánimo de los concurrentes.

«Aun suponiendo que un espectáculo sea detestable, en ningun caso hay derecho para atentar contra los actores de un modo tan alejoso. Que se aplauda y aun se silve, en buen hora; pero todo lo que sea pasar de aqui, lo repetimos, es una solemne barbaridad.

«Por respeto al público sensato y por humanidad, creemos que debe el señor gefe político impedir la repeticion de un escándalo que repugna y horroriza.»

No nos parece inoportuno publicar en nuestro periódico esta noticia. Cuando tanto se acusa de falta de civilizacion á los públicos que concurren á los teatros de provincias por los madrileños, bueno es que no se ignore el hecho á que nos referimos.

TEATRO PRINCIPAL.

No sabemos ya si al hablar de esto coliseo y de la empresa que trata de tomarlo ó lo ha tomado ya, cometeremos alguna inesactitud, ó haremos que las esperanzas de diversiones en el teatro de la escogida sociedad gaditana nazcan para luego quedar á lo mejor convertidas en humo, segun ha demostrado ya la experiencia.

Corre por Cádiz la noticia de que el teatro Principal ha sido contratado, y que vendrá á trabajar en él una compañía de ópera,

compuesta de la señora Agostini y Villó (creemos que doña Matilde) y los señores Confortini, Gellati y Patriossi, y aun la hermana de este señor por añadidura.

Esto se dice de público por personas, al parecer, bien enteradas en el asunto. Nosotros á ellas nos referimos, sin responder de su certeza.

Pero si hay verdad en cuanto corre de boca en boca, acerca del teatro Principal y de la compañía lírica que vá á comenzar sus trabajos, mal fin pronosticamos á la empresa.

Con los cantantes mencionados, á sus solas, seguramente nada ganará el público, y por consecuencia los señores empresarios mucho menos.

Mucho deseamos que nuestras noticias en cuanto á la compañía que se está formando sean inesactas, y tambien que podamos manifestar á nuestros lectores el error en que hemos caído.

Teatro del Balon.

Con gran concurrencia se estrenó en la noche del domingo último un drama intitulado: *Juan sin pena, tabernero, delator y verdugo.*

Esta es una obra que tiene por argumento un episodio imaginario de las comunidades de Castilla.

Los pobres comuneros son como los huevos: unos autores los guisan de un modo: otros de otro: unos los quieren pasados por agua: otros, fritos con aceite ó con manteca de puerco ó de Flandes: otros con jamon: otros con tomates: otros en tortilla con perejil y cebolla.

En el *Juan sin pena* sale un tabernero que habla de tú por tú con la reina doña Juana: la cual no está loca, según el autor: antes bien es una señora tan cuerda que llama á un tabernero para hablar con él acerca de las comunidades, confiada en que era un hombre de gran conocimiento y popularidad con la plebe: la cual conocería á fondo por los vasos de vino que le vendería en su tienda.

El señor Juan sin pena descubre un secreto de don Pedro Giron, por ciertos papeles que este buen hombre, traidor á los comuneros, habia tenido la ocurrencia de estraviar.

Al fin el pueblo amotinado pide la cabeza del traidor; y como no habia en Tordesillas verdugo, Juan sin pena no tiene pena ninguna en ejecutar la muerte: con la cual cae el telon.

En medio de tanto absurdo no deja el drama de tener algunas escenas de interés. El señor Warella encargado de representar á *Juan sin pena*, desempeñó este papel con el acierto y conocimiento escénico que distingue á este aplicado actor.

Por contera de este drama nos dieron *Isaum, poderoso Califa de Bagdad, ó sea el Bondocaní*, opereta de deliciosos recuerdos para los setentones, y una de las mas insignes producciones del tiempo de Maricastaña.

En la noche del juéves inmediato se estrenó á beneficio del actor don José Navarro, *Marta ó la hija de un jornalero*, dramato sacado de la novela de don Wenceslao Ayguals de Izco, publicada con el mismo titulo.

Esta obra fué muy bien recibida por el público, por lo interesante de sus escenas. Hay su racioncita de un fraile enamorado y cruel con una virtuosa jóven, hija de un jornalero acusado de envenenador público, y como tal sentenciado á muerte: hay su capilla, su cleri-

go confesor, su verdugo que pide perdón al reo, sus hermanos de la caridad, su marcha fúnebre, su perdón, su vuelta á la capilla y su libertador generoso.

Pero ¡oh! inconstancia de los espectadores! ¡Al que habia salvado la vida al jornalero, no pudo el público tolerar que se equivocase en dos ó tres palabras! Ejemplo que demuestra que el hacer bien algunas veces no sirve para nada, y ni aun para que se le tenga á una consideracion.

El señor Warella estuvo bastante acertado en su papel de jornalero.

TEATRO DEL CIRCO.

Continúa este teatro atrayendo á sí un numeroso público con el triple auxilio de los señores Ratel, jóven Ratel y Diaz.

En la noche del domingo anterior, la compañía dramática puso en escena el drama de don Juan de Ariza, intitulado *Antonio de Leyva*, obra que fué muy recibida del público por su armoniosa y correcta versificación, aun mas que por la novedad de su argumento.

Los actores se esmeraron en su ejecucion, distinguiéndose la señora Leon y los señores García y Cortes.

CADIZ: 1849.

Imprenta de D. Francisco Pantoja, calle de la Aduana, número 20.